

Dos textos de Vincenzo Consolo

Traducción del francés: Hugo Gola

Estoy desolado...

Estoy desolado por no ser crítico, historiador de la literatura, filósofo o sociólogo, o más genéricamente un especialista en ciencias humanas.

Quiero decir que estoy desolado por no poder hablar en tercera persona. Desolado por tener que recurrir –como en este momento lo hago– a la quejumbrosa y molesta primera persona.

Estoy obligado a ello porque no soy sino un novelista, un escritor. Pero decir “soy un escritor”, es una contradicción en los términos. En el instante en que escribe el escritor no puede decir “soy un escritor”, es una posibilidad de los otros decir: “es un escritor”. Cuando él cesa de escribir, menos aún puede decir “soy un escritor”, ya que en ese momento no es nadie: un individuo sin identidad. Entre un escrito y otro él vive en un vacío, en un limbo. Se debate entre la quemadura, la frustración del fracaso, el desastre del libro apenas terminado y la ilusión de que en el próximo evitará exponerse de esa manera. “Un libro se mide por el nivel de desastre que alcanza” dice Faulkner. Está bien. Está mal también. Quiero decir: cuando el escritor vuelve a encontrarse en ese intervalo, en la angustia del desastre, seguida de cerca por la esperanza de que en la próxima tentativa aquello no sucederá más, se halla dolorosamente inerte y paralizado: vacila y oscila en el vacío de la inconsistencia. Para sostenerse le falta la cuerda de la tercera persona, la cuerda de la racionalidad y de la objetividad. No existe más –decía– que el nudo corredizo de la primera persona: nudo peligroso, se sabe, que puede llegar a ser fatal, por ideas negras o por estupidez.

Yo... (lo intento de nuevo) acabo de salir apenas de un fracaso, de un desastre. Se denomina *Retable*, una novela que he querido publicar en Sicilia, en Palermo, con el editor Sellerio. ¿Por qué Palermo? ¿Por qué Sellerio?

Por una razón objetiva, histórica, por una convicción racional a la que me había adherido, como uno se prende a un salvavidas en las corrientes oceánicas de la subjetividad, me había adherido, como a un cabo, después de mi último padecimiento.

Racionalmente, históricamente, tengo una certeza (aquí puedo ahora pasar a la tercera persona): Milán es hoy en día la ciudad más vulgar de Italia (arrasada por Stendhal y por todos los milaneses de arraigo y cultura). Pero entiéndase bien, Milán es sólo un emblema, una metáfora.

¿Por qué es la ciudad más vulgar?

Porque Milán (y sus alrededores) reúne la mayor cantidad de empresas que se dedican a la creación y difusión, a escala nacional, del mensaje de la publicidad. Milán es la ciudad en donde la mercancía es *más conversada*, como Barthes decía de la moda.

Pero hablar de la mercancía, mediatizarla, cuesta. Esos costos, en nuestro sistema económico que llaman liberal, los paga la misma mercancía. O dicho de otro modo, cuanto *más conversada* es una mercancía más se le sustrae valor. Cuanto más mediatizada está la mercancía menos vale y más se remite a la inconsistencia, a la estafa, a la trampa. Y se llegó hasta vender bosta de vaca (es así como se llama, no hay que pedir disculpas –dice Don Quijote) por mortadela, como lo hizo un famoso industrial milanés, hace algunos años, con un éxito total.

Ciertamente, el sistema publicitario no soporta la existencia de mercancías irreductibles, a las que no se pueda corroerles su valor, vaciarlas, para volverlas masivamente consumibles. Fatalmente entonces estas mercancías son ignoradas, ya que su valor irreductible las vuelve inexistentes, y por lo tanto ellas no son ni mediatizables ni consumibles.

Estoy intentando hablar de literatura, estoy intentado hablar de libros, de novelas. Hoy, en el sistema editorial mediatizado milanés, todo libro escrito en una lengua irreductible que no sea esa hoja de plástico glacial, fúnebre, obscena, con la que se envuelve los muslos de pollo congelado, es ignorado, y la injuria es el pago por esa diferencia.

Esta es la razón que me ha llevado a publicar mi novela en la editorial Sellerio. Porque esta casa está fuera del sistema publicitario milanés, y además porque mi libro denuncia ese sistema, denuncia aquello que Capuana llamaba *la consumación niveladora de la civilización* (1892) y Pasolini *la enfermedad de la homologación*, y que yo llamo el ocultamiento, el vaciamiento de la literatura, su mierdificación (así se llama, no hay por qué pedir disculpas). Y ya están llegando las primeras injurias. Otras vendrán, espero.

Texto leído por el autor en el Instituto Cultural Italiano de París en 1987. Traducido al francés por Maurice Dermon y publicado en el N° 1 de la revista *Chef-Lieu*, 1992, Francia.

Rastros de lectura y conversaciones

Estos textos fueron seleccionados por Maurice Darmón y publicados en la revista francesa Nota Bene, invierno 1992-93. Son fragmentos de los libros de Consolo y extractos de conversaciones mantenidas entre el escritor italiano y su traductor, quien efectuó el montaje de los mismos.

“Es un pueblo viejo como el mundo, cuando hablamos allí nadie nos entiende, pero a cada uno su lengua. Si los instruidos hablan se los toma por gente del norte”. (*La Blessure d’avril*).

• Quien un día decide escribir, salir de la afasia, de la anorexia, se confronta con la lengua materna, consoladora y cálida como la leche, o con la lengua del padre, código del que nosotros somos los sujetos pasivos, que nos posee a nosotros más de lo que nosotros la poseemos a ella. Tanto una como la otra nos amenazan con la pérdida de la identidad.

Yo me rebelo contra las dos. En la raíz hay una ofensa. Uno sólo se rebela cuando hay una ofensa íntima. Leopardi y otros lo han dicho: nacer es ya ser ofendido.

En Sicilia a la ofensa de tipo social se agrega otra inmutable. Intento reparar esas ofensas por medio de la rebelión de la escritura. Es necesario usar un lenguaje que no sea central ni periférico, que haga explotar los lenguajes autoritario y consolador. Inventar una lengua totalmente mía que surja de los dos. Hice pie en la lengua materna no por digresión o regresión sino para ponerla en conflicto con la paterna.

Dialecto, yo no emplearé esta palabra. Al modo de los arqueólogos, he querido exhumar y descubrir aquellas palabras, olvidadas por la lengua nacional, enterradas en la historia

lingüística de Sicilia. Más bien un plurilingüismo, una estructura filológica, puesto que rastreo palabras que el código autoritario nacional ha intentado expulsar de su contexto.

Plurivocidad también, una lengua de imágenes. Impulsado quién sabe por qué, cada vez que utilizo una lengua culta y refinada me sobreviene una intención paródica y subversiva. En el momento mismo en que aquélla se despliega la niego, la anulo, la ironizo. Usando la lengua base como contracanto. Fracturas, rupturas, esta música mía continúa ocultando un conflicto. Es una defensa, una auto-ironía.

“Créanme, crean en los colores, en los perfumes desnaturalizados, en las contorsiones de las hierbas, en la tendencia a degenerar de las plantas. Son más sabios, más verídicos que todos los almanaques, que todos los libros”.
(*Lunaria*)

- Todo lenguaje es convención, ficción. En esta lengua o en otra hay que hablar, hay que nombrar. Todo lenguaje es alusivo. En Italia más aún que en otras partes, puesto que Italia es una nación más compuesta, más fragmentada, más dialectal y por aquello que la exigencia de una unidad política y lingüística ha ocultado y hace olvidar. Detrás de esos hechos lingüísticos hay una realidad histórica. Difícilmente allí las palabras adhieran a las cosas. En mí, a pesar de esta nostalgia de adecuación, se produce siempre un desfase entre las palabras y las cosas.

“A lo largo del camino coloco por un instante entre mi yo y la historia, entre nuestro siglo de hambre y calamidades, de guerras y masacres y mi yo, y entre éste y los hombres y las piedras, una muralla suspendida, una defensa”. (*Retable*)

• Sicilia es el reino de las madres. Ella es –un canto muy hermoso de Homero nos lo recuerda– la tierra de Demeter y su hija raptada. Yo fui alimentado por esa madre, Sicilia, a la que abandoné igualmente con un sentimiento ambiguo de amor y de repulsión, semejante al de la lengua. Me defendí de ese mundo peligroso de la existencia, de ese mar que puede ceñirte, asfixiarte, hacerte naufragar. Por otra parte tengo en mí el deseo de acercarme al mundo de la historia. Mi escritura oscila continuamente entre el reino de la madre y el del padre. Extraer fuerza de las raíces y hasta de las vísceras para retornar al reino de la historia, al reino del padre. Cada capítulo de *Sourire* se abre con un barco que llega a un puerto. Nosotros lo sabemos, el mar es el reino de la existencia y resuena como el de la madre. El libro empieza en una fecha, 12 de septiembre de 1852 y –está escrito– celebra el Muy Santo Nombre de María. Esos barcos oscilan entre el mar y la tierra, entre la existencia y la historia, entre la madre y el padre.

“¡Sicilia! ¡Sicilia! Parecía un vapor, allá en el azul, en medio del cielo y el mar, pero era la isla Santa”. (*Le Sourire du marin inconnu*).

• Es mi historia, es la de Sicilia: tierra tan extrema, tan profunda, tan caliente, que amenaza con matar, ahogar con un exceso de amor, con demasiada emoción, con demasiado amor a sus propios hijos. Ella nos impide crecer, nos detiene, no nos deja abordar la historia. Una tierra tan relegada en su condición existencial –quizá todos los males provengan de allí– que se debate entre la razón y la locura, entre el deseo de progreso y la regresión continua. Lo mismo sucede con mi escritura. Todos los escritores

sicilianos denuncian a la madre, quieren abordar la tierra del padre, la historia, la razón.

“Poder comprender esta gran borrasca nocturna que es la realidad siciliana”. (*Les Pierres de Pantalica*).

- Mi primer libro, *La Blessure d'abril*, y mi último *Les Pierres de Pantalica* anclan en tierras modernas de Sicilia. Quien ha escapado del naufragio ya no abandona la razón, la recupera. Ha experimentado el límite extremo entre la vida y la muerte, la razón y la locura, entre la petrificación o cristalización por las Gorgonas y el razonamiento.

Con frecuencia los escritores sicilianos –Pirandello, Brancati– han representado esas locuras de piedra, esas fijaciones eróticas, esas utopías irrealizables, signos evidentes de la detención del crecimiento del individuo. Del individuo y de la isla.

Gran borrasca nocturna. Empleé esta expresión en un paisaje que Leonardo Sciascia pone en escena. El es precisamente quien ha comprendido el riesgo existencial e histórico, quien, más que todos, ha querido emplear la razón, traer Luces donde hay oscuridad, alejar la tentación de la madre para hablar el lenguaje del padre.

Yo, yo oscilo. En *Retable* intenté llevar hasta sus consecuencias extremas aquel lenguaje lírico, poético, nocturno, enterrado, pero fue para insultar aquello que presume de racional y ya no lo es. Yo vivo en Milán. Allí la razón se convierte en un mito tecnológico en el cual todo sentimiento verdadero es aplastado y en donde toda lengua y toda historia son olvidadas. Clerici, el héroe de *Retable*, abandona, luego de un amor frustrado, los círculos de Luz milanesa para realizar un viaje metafórico con el lenguaje al reino de las madres: poesía, memoria e historia. Pero ese viaje es también una reacción contra la consumación turística moderna. ¿Viajar? Morir y renacer al conocernos, despojarnos de las convenciones, hacer una pausa en nuestra vida para retornar enseguida regenerado, después de

haber tocado las raíces maternas. *Retable* es la historia de dos personajes socialmente opuestos, que nacen los dos de un amor fracasado, poseídos de una intensa furia verbal porque realizan un viaje a los Infiernos, el lugar de las madres.



Grabado, 1963